

HERIDA DE MUERTE

PASO DE COMEDIA

PERSONAJES

ARACELI.
EDUARDO.

JACINTO.
FERMIN.

HERIDA DE MUERTE

Salita elegante y coquetona en que el joven doctor Jacinto Cañales recibe, en su casa de Madrid, a lo más granado de su clientela femenina. Una puerta al foro y otra a la izquierda del actor. Es de noche. Luces.

JACINTO, vestido de frac, pasea fumando. Por la puerta del foro llega de la calle EDUARDO, su hermano, también de frac.

EDUARDO

¡Mediquillo!

JACINTO

¡Hola, abogadete! Dios te guarde. ¿Tú por esta casa?

EDUARDO

¿Y María?

JACINTO

Allá dentro, esperándome.

EDUARDO

¿Vais al teatro, por supuesto?

JACINTO

Sí; a la Princesa.

EDUARDO

Yo, también.

JACINTO

Ah; ¿entonces vienes para que nos vayamos juntos?

EDUARDO

No; vengo a otra cosa: vengo contra ti.

JACINTO

Pues de milagro me pescas. Ya debía estar en el teatro...

EDUARDO

¡Hombre, por Dios! ¿Tú, el médico más elegante de Madrid, incurres en la vulgaridad de ver el acto primero de las comedias? ¡Bah!

JACINTO

¿Qué quieres? Incurro en esa vulgaridad y en la de no levantarme de mi sitio hasta que baja el telón en el último acto.

EDUARDO

Pues no sé cómo tienes tanta y tan distinguida clientela. A mí el acto primero me lo explica siempre un acomodador, y el desenlace, el guardarropa.

JACINTO

Bien está. Bromas aparte, cuéntame qué es lo que te trae contra mí. O entra primero a ver a María, que dice que eres el número uno de los cuñados ariscos y descorteses. Nos llama Caín y Abel.

EDUARDO

¿Caín eres tú?

JACINTO

Por de contado.

EDUARDO

Pues oye, Caín. Ahora entraré a ver a tu costilla. Oye. ¿Tienes inconveniente en presentarme esta noche en el teatro a la Villa-Serena?

JACINTO

¿A la Villa-Serena? ¿A Beatriz? Ninguno. Pero ¿tú para qué quieres conocer a Beatriz?

EDUARDO

¡Oh! Comprende que no será para verle el escote, porque eso se ve perfectamente desde todos los puntos del teatro.

JACINTO

Entonces, ¿para qué?

EDUARDO

Para nada. Si a mí no me importa un bledo esa señora respetable...

JACINTO

¿Pues por qué me pides que te la presente?

EDUARDO

Porque a su palco van desde hace algunas noches unos ojos negros puestos en la cara más linda que sostiene el cuerpo más bello de la mujer más hermosa que hay en todo Madrid.

JACINTO

¡Anda con Dios! ¿Al palco de la Villa-Serena va todo eso?

EDUARDO

Justo: ¿De qué te ríes?

JACINTO

¿Cómo se llama esa mujer?

EDUARDO

Araceli Rivera.

JACINTO

Sorprendido.

¿Araceli Rivera?

EDUARDO

La misma. ¿Qué te choca?

JACINTO

¿Y tú quieres tratar a Araceli Rivera?

EDUARDO

Sí, hombre. ¿Qué inconveniente hay?

JACINTO

¿Cuál es tu intención?

EDUARDO

No lo sé todavía. Ni hay por qué analice mis sentimientos. Pero tengo una necesidad imperiosa de hablar con ella y de decirle que ha nacido, como Venus, del mar entre la espuma.

JACINTO

¿Sabes, Eduardo, que no conozco un calavera de más suerte que tú?

EDUARDO

De más gusto querrás decir.

JACINTO

De más suerte, digo. ¿Por qué crees que me has encontrado en casa a estas horas?

EDUARDO

¡Qué sé yo!

JACINTO

Porque estoy esperando a la propia Araceli Rivera, que va a llegar de un momento a otro.

EDUARDO

¿Tú?

JACINTO

Yo.

EDUARDO

¿Que Araceli Rivera...?

JACINTO

Va a venir a mi casa de un momento a otro.

EDUARDO

¡Jacinto!

JACINTO

Mira.

Le muestra una carta.

EDUARDO

¿Es suya esa carta, Jacinto?

JACINTO

No.

EDUARDO

¿De quién es?

JACINTO

De la Villa-Serena, su amiga, cabalmente. Escucha. Lee. «Querido Jacintillo: Esta noche te voy a robar una hora de teatro. Dispénsame. Una amiga mía muy guapa—dicho sea esto en compensación de la penitencia que te impongo—de sea consultarte. Me refiero a Araceli Rivera, que está herida de muerte, según ella cree, aunque por fortuna en esa creencia no la acompaña nadie. Ha visto a todos los médicos de Madrid, y casi del mundo, y ninguno ha acertado a curarla; pero todos coinciden en asegurarle que está como una rosa.»

EDUARDO

¡Y lo está! ¡Si no hay más que verla!

JACINTO

Calla. Sigue la lectura. «Los padres se oponen resueltamente a que vea a más médicos. Yo creo que hacen bien; pero como soy muy amiga tuya y a ella la quiero mucho...»

EDUARDO

¡Qué simpática es esa señora!

JACINTO

«... Y a ella la quiero mucho, te suplico que, con toda reserva, la oigas esta noche. Irá a tu casa antes de ir al teatro con la señora que al teatro la acompaña. Tú, que eres un hombre de ciencia y un hombre de mundo...»

Llega por la puerta del foro FERMÍN, el criado de Jacinto, con una tarjeta.

FERMÍN

Don Jacinto.

JACINTO

¿Qué hay, Fermín?

FERMÍN

Esta señorita.

JACINTO

Leyendo la tarjeta.

Ella es.

EDUARDO

¿Araceli?

JACINTO

Araceli.

EDUARDO

¿Que está ahí Araceli?

JACINTO

Sí, hombre; no te me vayas a desmayar.

EDUARDO

No, no me desmayo, pero... ¿A ti qué te parece que haga? ¿Me voy, me quedo, me meto debajo de la mesa?...

JACINTO

¡Qué loco eres! Verás lo que vamos a hacer. Vas a conocerla antes que yo.

EDUARDO

¿Cómo?

JACINTO

Mientras yo le cuento a María todo este lance

tuyo, tú recibes a esa señorita tan guapa. Le dices que yo salgo al instante, le das un rato de palique, le juras que ha nacido entre las espumas del mar, como Venus, y cuando yo aparezca, se cambian los papeles: me dejas aquí y tú te vas a charlar con María.

EDUARDO

Muy bien. Me parece muy bien. Es un plan admirable.

JACINTO

¿Ves cómo tienes más suerte que nadie en el mundo? Hazla pasar.

EDUARDO

Sí; ahora mismo. Vete tú.

JACINTO

Buena mano derecha.

Se va por la puerta de la izquierda.

EDUARDO

Fermín.

FERMÍN

Señorito Eduardo.

EDUARDO

¿Con quién viene esa señorita?

FERMÍN

Con una señora muy alta, con gafas verdes.

EDUARDO

Pues que éntre sola.

FERMÍN

¿La de las gafas verdes?

EDUARDO

No; la de los ojos negros.

FERMÍN

Está bien.

Vase por la puerta del foro. Eduardo espera emocionado la presencia de la hermosa Araceli, la cual justifica plenamente la emoción y la chifladura de Eduardo. Al aparecer se detiene anhelante en la misma puerta.

ARACELI

Doctor...

EDUARDO

Señorita... ¿Qué le sucede a usted?

ARACELI

No... nada... Perdóneme usted... Es una impresión la que me produce entrar aquí...

EDUARDO

¿Por qué, señorita? Cálmese... Pase usted...
Siéntese donde quiera...

ARACELI

Obedeciéndolo maquinalmente.

Mil gracias...

EDUARDO

¿Está usted cómoda en esa silla? Aquí estará
mejor.

ARACELI

Mil gracias... mil gracias.

EDUARDO

Pero cálmese; procure calmarse...

ARACELI

No puedo... no puedo... Le suplico a usted
que me perdone. Soy ridícula, ya lo sé; pero no
puedo, no puedo calmarme en un rato. ¡Si usted
supiera el esfuerzo que me ha costado subir has-
ta aquí!

EDUARDO

¿No ha subido usted en el ascensor?

ARACELI

Sí. Pero ¿y el esfuerzo que me ha costado
entrar en él?

EDUARDO

¿Le dan a usted miedo los ascensores?

ARACELI

No, señor: me dan miedo los médicos. Es decir, los médicos y los ascensores y todo. Esta es a verdad. Todo me estremece, todo me aterra, todo me sobresalta... ¡Ay, doctor!

EDUARDO

Encantado.

¡Ay, doctor!

ARACELI

¿Va usted a hacerme burla?

EDUARDO

¡Qué disparate! Es que ya que la veo más tranquila, debo advertirle a usted...

ARACELI

Con susto.

¿Qué?

EDUARDO

Nada, nada de particular... no se altere de nuevo.

ARACELI

Pero ¿qué tiene usted que advertirme?

EDUARDO

Que, en esta ocasión, el miedo de usted a los médicos no está justificado todavía.

ARACELI

Por Dios... ni todavía ni nunca. Usted se ha molestado con mis palabras.

EDUARDO

¿Yo? ¡Yo, no! Esté usted segura, señorita.

ARACELI

Soy tonta, inconsciente... Digo sin pensar cuanto se me ocurre. Perdóneme usted una vez más. Los médicos me espantan, pero también me atraen. Ellos tienen el secreto de la vida... y ¡yo quiero vivir! ¡Quiero vivir, doctor, quiero vivir!

EDUARDO

Le alabo a usted el gusto, señorita; y me permito darle la enhorabuena.

ARACELI

¿Por qué?

EDUARDO

Porque durante muchos años va usted a conseguir sin violencia alguna lo que quiere.

ARACELI

¿Sí?

EDUARDO

¿Cómo no? ¿Hay más que verle a usted la cara?

ARACELI

¿Qué tengo en la cara?

EDUARDO

¡Los ojos más hermosos que existen!

ARACELI

Deje usted las galanterías.

EDUARDO

Pues cierre usted los ojos.

ARACELI

Halagada.

Je.

EDUARDO

La cara, Araceli, es el espejo del alma, según muchos. Para mí es el espejo del cuerpo. Si en el cuerpo hay fuerza y salud, a la cara asoman. Y no obstante la palidez momentánea de su impresión primera al entrar aquí, la cara de usted canta salud.

ARACELI

¡La de todos! ¡Lo mismo que todos! ¡Todos me dicen eso!

EDUARDO

¡Naturalmente, señorita! ¡Si es usted un clavel de Mayo!

ARACELI

No, doctor; no, doctor... Doctor, no; no me engañe usted... No, doctor; doctor, no; doctor, no...

EDUARDO

Doctor, no; doctor, no; estamos de acuerdo. Eso es lo que iba a advertirle a usted, precisamente.

ARACELI

¿Qué?

EDUARDO

Que no está usted ante el doctor Cañales.

ARACELI

Ya, ya lo sé; ya vengo prevenida. Ya me lo ha dicho Beatriz... Para mí no será usted el doctor; será usted el amigo... el amigo benévolo, condescendiente... Estrechándole una mano, cuyo aroma huele luego Eduardo en la suya, al descuido. Muchas gracias.

EDUARDO

No es eso, señorita...

ARACELI

Sí es eso; si me lo ha dicho Beatriz: que es usted muy bueno, muy amable... muy artista... De pronto, alarmadísima. ¿Qué ha notado usted en mí que se huele la mano?

EDUARDO

Nada, señorita... Que la mano y usted... huelen sencillamente a gloria.

ARACELI

Je.

EDUARDO

Pero, a lo que iba, porque mi conciencia no me permite... Al entrar usted por esa puerta, el doctor Cañales se fué por esa otra.

ARACELI

Entendido, entendido... No me dé usted más explicaciones. Ya me lo ha dicho Beatriz: será usted mi consejero, mi amigo, mi confesor... Todo, menos el médico.

EDUARDO

Muy bien. Todo, menos el médico. Muy bien.

Ya no tengo inconveniente alguno en escucharla sin más explicaciones.

Toca un timbre que estremece a Araceli.

ARACELI

¡Ay!

EDUARDO

¿Qué ha sido?

ARACELI

El timbre: ¿ve usted? Temblando, temblando por el timbre. Le da la mano. Mire usted, mire usted...

EDUARDO

Ya, ya... ¡Qué nervios!

ARACELI

¡No se huela usted la mano, por Dios, que me voy a morir del susto!

EDUARDO

Je.

Se presenta FERMÍN en la puerta del foro.

FERMÍN

¿Llamaba el señorito?

EDUARDO

Si.

FERMÍN

¿Qué desea?

EDUARDO

Que no estoy para nadie.

FERMÍN

Bien.

EDUARDO

Venga quien viniere, ¿lo oyes?

FERMÍN

Sí, señor.

Vase.

EDUARDO

No estoy para nadie: es lo mejor. ¿Le molesta a usted esa puerta abierta?

La de la izquierda.

ARACELI

A mí, no.

EDUARDO

A mí, sí.

La cierra.

ARACELI

Suspirando.

¡Ay!

EDUARDO

Ea, y ahora vamos a ver de qué mal va usted a morir.

Se le sienta al lado.

ARACELI

No lo eche usted a broma, si ha de inspirarme confianza, doctor.

EDUARDO

Doctor, no.

ARACELI

Pues bien, amigo mío: no se ría de mi mal, que esa risa de los demás es mi mayor tortura. ¡Yo me muero, y mi padre se ríe!

EDUARDO

Eso no puede ser.

ARACELI

¡Pues se ríe! Y mi madre se ríe también... ¡y yo me muero! Y mis amigas se ríen... ¡y yo me muero! ¡Y, la verdad, no creo que tenga ninguna gracia que yo me muera!

EDUARDO

Lo que tiene gracia es que usted crea que va a morir. Por eso se ríen todos.

ARACELI

Es que ellos no están dentro de mí. ¡Y yo estoy muy mala por dentro!

EDUARDO

Por dentro, es posible; por fuera, no puede usted estar mejor.

ARACELI

No lo eche usted a broma.

EDUARDO

De ninguna manera. ¿Qué es lo que siente usted por dentro?

ARACELI

¡El purgatorio y el infierno juntos! Oigame usted atentamente. Algo de lo que siento, sólo algo, podré explicarle a usted; mucho de lo que siento no, porque no daría con las palabras. ¡Ay, amigomío! Siento unas angustias, y unos pavores, y unos anhelos, y unas tristezas, y unos sobresaltos, y unas congojas, que no sé cómo vivo. Tengo constantemente un ansia de no sé qué... de no sé qué... que me hace suspirar y llorar por los rincones como una chiquilla. A veces el aire me parece que está lleno de enemigos invisibles que me persiguen y me quieren matar, y huyo de ellos desatentada. ¡Huir del aire! ¿No ve usted que esto es estar loca? Ni dormida ni despierta

es mía mi voluntad. Las lágrimas siempre están a flor de mis ojos, y del llanto salto sin pensar a una risa sin alegría que a mí misma me aterra. Ni el sol tiene luz para mí, ni la vida atractivo ni encanto alguno. ¿Y mis caprichos? Mis caprichos son desatinados; son locos. Cruza volando un pájaro, y deseo con tal ansia que sea mío, que siento que la vida entera se me va tras él. Y si en aquel instante viniera a mis manos, seguramente, sin estimarlo en nada, yo volvería a echarlo a volar. ¡Y así vivo... mejor dicho, así muero, en medio de las risas de cuantos me rodean... y todos viven y se ríen, y sólo yo me muero llorando!

EDUARDO

No, no; no hay por qué llorar, Araceli; no hay por qué llorar. Serénele usted, que no hay por qué llorar. ¿Quiere usted un poco de agua?

ARACELI

No.

EDUARDO

¿De azahar?

ARACELI

No.

EDUARDO

¿De tila?

ARACELI

No.

EDUARDO

¿De jerez?

ARACELI

Bueno. Pero, no; tampoco. No necesito tomar nada absolutamente. Lo que necesito es oirlo a usted. Ya estoy más sosegada.

EDUARDO

¿Que necesita usted oirme, dice?

ARACELI

Sí, señor: necesito oirlo. Pronto, pronto.

EDUARDO

Bueno; pues me va usted a oir. Usted, Araceli... Usted, hermosísima Araceli...

ARACELI

Sin flores.

EDUARDO

Hemos quedado en que me va usted a oir. Ahora hablo yo, y yo curo a mis enfermas con flores. Usted, divina, encantadora Araceli, tiene, en efecto, todos esos males que a mí me ha dicho.

ARACELI

¡No me asuste usted!

EDUARDO

Usted, si no quiere, no tendrá nada de cuanto me ha dicho.

ARACELI

¡No me engañe usted!

EDUARDO

Porque yo le aseguro que todos esos temores, todas esas congojas, todas esas locuras sin fundamento, van a durar lo que las pompas de jabón en el aire.

ARACELI

Por amor de Dios, no me mande usted paseos, ni viajes, ni que me distraiga y tome yemas en jerez a cada momento, porque eso es lo que me mandan todos y lo que ya estoy decidida a no hacer. A un movimiento de Eduardo. Ni a escuchar siquiera. Me tiene muy harta ya la tal sinfonía. ¡Que me distraiga! ¡Qué más quisiera yo que poder distraerme! ¡Lo que yo daría por un libro capaz de sacarme de mí aunque sólo fuese algunas horas!... ¡Lo que yo daría por una ilusión que alumbrara mi espíritu siquiera un instante!... ¡Que salga, que dé grandes paseos, que vea gentel! ¿Para qué he de verla, si nadie me importa? Además, doctor...

EDUARDO

Doctor, no.

ARACELI

¿Usted se figura que yo no padezco más que esos males de que le he hablado?

EDUARDO

¿Qué más padece usted?

ARACELI

Mucho más, muchísimo más, infinitamente más padezco. La cabeza, la cabeza, que en ocasiones me arde como un volcán, en otras me causa la sensación justa de que está hueca.

EDUARDO

¿Hueca?

ARACELI

Hueca, sí; no se ría usted también. Es tal ausencia de peso, de gravedad, que se me antoja que va a salir volando, o que ya voló y no llevo nada sobre los hombros.

EDUARDO

Y se mira usted al espejo y se tranquiliza.

ARACELI

No se burle. Pero ¿usted ve lo que le cuento

de la cabeza? Pues apenas hago caso de ello. Una preocupación mayor me domina. En el pecho es donde yo estoy herida de muerte.

EDUARDO

¡Ave María Purísima!

ARACELI

Oh, sí, sí; no lo dude usted. En el pecho tengo yo algo.

EDUARDO

Eso no lo discuto yo.

ARACELI

Es una opresión, una angustia, un faltarme el aire... ¡Aaaah!... Aspirando con gran fatiga. ¿Ve usted? Me falta el aire. ¡Aaaah!... Me falta el aire. ¡Aaaah!... Me falta el aire. ¡Aaaah!...

EDUARDO

Y si sigue usted así me va a faltar a mí también.

ARACELI

No, no; usted quiere desorientarme con sus burlas, pero es inútil. En su cara he visto la impresión que le ha producido a usted este mal de mi pecho, y yo no me voy de aquí sin que usted me reconozca detenidamente.

EDUARDO

¿Cómo que yo la reconozca?

ARACELI

Que usted me reconozca, sí.

EDUARDO

¡Hasta ahí podíamos llegar!

ARACELI

¿Qué?

EDUARDO

Voladísimo.

Nada, nada... Una criatura tan impresionable como usted... sometida a un reconocimiento de esa índole... ¡Qué desatino! ¡Buena íbamos a hacerla! ¿Usted no cuenta con el efecto moral, Araceli? Usted no cuenta con que usted... Usted no cuenta con que yo... ¡Usted no cuenta con muchas cosas!

ARACELI

¡Ay, doctor! Ahora me parece usted más sincero. Acaso tenga usted razón. ¡Yo me muero si usted me reconoce! ¡Pero si no me reconoce usted, también me muero!

EDUARDO

Calma, Araceli, calma. No se muere usted. Yo

se lo afirmo sin reconocerla. Pero, vamos a adoptar un término medio. Deme usted la mano.

ARACELI

¿Para qué?

EDUARDO

Deme usted la mano.

ARACELI

¿La derecha?

EDUARDO

Es indiferente. Le toma una mano. Suspire usted ahora.

ARACELI

¡Ay, padre mío!

EDUARDO

Bien.

ARACELI

¿Bien?

EDUARDO

Bien; bien. Suspire más fuerte; y ya que al suspiro acompañan palabras, dedíquele usted este segundo suspiro a otra persona.

ARACELI

¡Ay, madre mía!

EDUARDO

Muy bien.

ARACELI

¿Muy bien?

EDUARDO

Muy bien; muy bien. Vuelva usted a suspirar aún más a sus anchas, si es posible...

ARACELI

Es posible; sí.

EDUARDO

Y evoque al hacerlo a otra persona de su mayor cariño y simpatía.

ARACELI

Después de pensarlo.

¡Ay, Sebastián!

EDUARDO

Soltando inconscientemente la mano de Araceli.
¿Quién es Sebastián?

ARACELI

El único hermanito que tengo.

EDUARDO

¡Quiere usted mucho a la familia!

ARACELI

Mucño. ¿Suspiro otra vez?

EDUARDO

No; porque a lo mejor va usted a suspirar por un primo segundo...

ARACELI

¿Y qué?

EDUARDO

Nada, nada; otra broma, Araceli.

ARACELI

Otra broma, no. Porque usted al oír lo de Sebastián palideció de pronto; usted soltó mi mano al oír lo de Sebastián... ¿Qué pensó usted que tenía yo en el pecho?

EDUARDO

¡Pensé que tenía usted a Sebastián!—que no es grano de anís.

ARACELI

No entiendo, amigo mío.

EDUARDO

Pues ya es hora de que entienda usted. No es posible, Araceli, que yo siga adelante con lo que

hasta aquí sólo puede hallar disculpa en la ligereza de mi carácter y en la misma vehemencia de usted, que me ha impedido hablar más claro.

ARACELI

Tampoco entiendo.

EDUARDO

Déjeme usted continuar. Yo no soy Jacinto Cañales, el médico famoso, el amigo de su amiga Beatriz, el hombre de moda...

ARACELI

¡Dios mío! ¿Es que me he metido en otro cuarto?

EDUARDO

No. Se ha metido usted en el cuarto adonde venía. Está usted en casa del doctor Cañales, que ahora mismo saldrá, y en presencia de su hermano Eduardo.

ARACELI

Ah; ¿es usted su hermano Eduardo?

EDUARDO

Para servir a usted.

ARACELI

¿El viudo?

EDUARDO

El soltero.

ARACELI

Ya. El soltero... Pues parecía usted el casado.

EDUARDO

¿El casado? ¿Por qué?

ARACELI

Quiero decir que parecía usted el médico. Me ha estado usted oyendo con un interés y poniendo unas caras... ¡Jesús, qué cosa! Esto lo ve una en el teatro y dice que no puede pasar.

EDUARDO

Pues... ya ve usted si pasa. Conste, pues, Araceli, que yo no soy el médico. Lo que soy es enfermo, en tal caso.

ARACELI

¿Enfermo usted? ¿De qué está usted enfermo?

EDUARDO

Quizás de lo mismo que usted.

ARACELI

¿De lo mismo que yo? Tampoco entiendo eso Eduardo.

EDUARDO

Yo, como usted, daría mil veces cuanto pudiera por una ilusión que alumbrara mi espíritu. Yo, preciosa Araceli, pensaba esta noche ir con mis hermanos al teatro y buscar ocasión de saludarla a usted y de hablarle, porque deseo ser su amigo... porque su persona me interesa profundamente. ¿Entiende usted esto?

ARACELI

Eso está más claro que el agua. Ahora, que yo no sé... Usted se hará cargo... Esta situación es tan anormal... ¿Quiere usted que llame a la *miss*?

EDUARDO

A mí no me hace falta ninguna.

ARACELI

No; ni a mí tampoco, pero... Mi situación... sus palabras de usted... Yo he venido aquí a ver a su hermano...

EDUARDO

¿Quiere usted que llame a mi hermano?

ARACELI

Llámelo...

EDUARDO

Me parece que hace tanta falta como la *miss*... pero... lo llamaré. ¡Qué diablo! En lugar de pre-

sentarme él a mí, lo presento yo a él. Aunque, después de todo, es una tontería. Porque, vamos a ver: ¿usted no se encuentra algo mejor? Con franqueza.

ARACELI

Con franqueza: ahora me encuentro bien. Como no estoy pensando en mis males...

EDUARDO

Usted lo ha dicho. Olvidar es aliviarse, Araceli. Vamos a dejar a mi hermano allá dentro. Sí; porque si viene, recuerda usted otra vez lo que aquí la trajo, y vuelve a padecer. Y yo no quiero que usted padezca, Araceli.

ARACELI

Eduardo...

EDUARDO

Le he dicho a usted que me interesa su persona, y quiero que otra vez lo oiga de mis labios. Si el solo verla de lejos me embelesaba y seducía, el oír su voz, el conocer sus cuitas misteriosas ha acabado de cautivarme. ¿Quiere usted ser mi amiga, Araceli?

ARACELI

Yo voy a llamar a la *miss*.

EDUARDO

Un momento. ¿Quiere usted ser mi amiga?

ARACELI

¿Por qué no, Eduardo?

EDUARDO

Pues ya que nuestra amistad ha empezado de tan particular y graciosa manera, ya que yo he logrado hacerla olvidar sus males un momento, acépteme como médico por unos días.

ARACELI

Como médico... Tiene gracia... Como médico...
¿Y qué va usted a hacer?

EDUARDO

Recetar: lo que hacen los médicos.

ARACELI

Pero ¿usted sabe?

EDUARDO

Curarla a usted, seguramente. Mire usted mi plan. Durante el tiempo necesario la despertará a usted todas las mañanas la llegada de un ramo de flores que yo le enviaré. ¿Me dispensará usted el honor de aceptarlo?

ARACELI

¿Como medicina?

EDUARDO

Desde luego.

ARACELI

Si es como medicina...

EDUARDO

Horas después, pasará por la acera de enfrente a la de su casa, y usted se asomará al balcón.

ARACELI

Ay, me da mucho miedo caerme; por eso no me asomo nunca.

EDUARDO

No importa. Como yo soy el que ha de pasar por debajo, si se cae usted, respondo de que no se hará daño alguno.

ARACELI

Je. Tiene gracia...

EDUARDO

Por la noche, al teatro. Al que usted asista iré yo. Charlaremos allí de las impresiones del día, sin hacer mucho caso de la función, por si es tristona... y Dios dirá luego. Del resultado que nos dé este plan de los primeros días dependerá todo lo demás. ¿Acepta usted... enferma de desilusión?

ARACELI

Acepto, sí... No es un plan nada duro... Recibir sus flores por la mañana, saludarlo a usted al medio día y hablarle por la noche... No es muy duro, no...

EDUARDO

¿Verdad? ¿Y espera usted que acierte?

ARACELI

No sé... no sé... no quiero contestarle... Como me ha llamado usted enferma de desilusión... Si luego hay algún cambio en el plan...

EDUARDO

No, eso no; todo será sobre lo mismo... Más flores, más saludos, más charla...

ARACELI

Más charla... más saludos... más flores... Veremos... veremos... Es muy alegre la esperanza... Veremos... Pero ahora...

EDUARDO

¿Está violenta, no es verdad? ¿Desea marcharse?

ARACELI

Sí.

EDUARDO

¿Sin ver a mi hermano?

ARACELI

Se me ha hecho un poco tarde, ¿no? En el propio teatro me echarán de menos algunos amigos de casa.

EDUARDO

¿Quiere usted mi brazo hasta la puerta?

ARACELI

¿Como medicina también?

EDUARDO

También.

ARACELI

Je. A Jacinto dele mis disculpas...

EDUARDO

¡Bah! ¡Es un mediquillo de tres al cuarto!

Se van del brazo por la puerta del foro; él contemplándola sonriente y ella a cien leguas del objeto de su visita. A punto de verlos desaparecer llega curiosamente JACINTO por donde se marchó.

JACINTO

¡Ah, caramba! ¡Se la lleva del brazo! ¡Pero

este hermano mío es inconmensurable! Llamando.
¡Fermín! ¡Fermín!

Sale FERMÍN por la puerta del foro.

FERMÍN

Señorito.

JACINTO

¿Tú sabes qué ha ocurrido aquí?

FERMÍN

Señorito, yo no sé más sino que el señorito me dejó ahí fuera con la inglesa que viene con la señorita y me dijo que no estaba para nadie.

JACINTO

¿Para nada?

FERMÍN

Para nadie.

JACINTO

¿Y tú has hablado algo con la inglesa?

FERMÍN

¡Mucho! Tampoco anda buena. Empezó a contarme que se va a morir el día menos pensado, y que tiene unas tristezas muy grandes, y que no duerme, y que no come; y yo le dije que en cuanto se enamorara de un español como yo,

se le acababan esas murrias. Y se va tan contenta.

JACINTO

¡Bien, hombre, bien! Pero ese hermano mío...

FERMÍN

Aquí llega.

Vase Fermín y llega, en efecto, EDUARDO muy gozoso.

JACINTO

¡Eduardo!

EDUARDO

¡Jacintillo! ¡Abrazame!

JACINTO

¿Y la enferma?

EDUARDO

¿La enferma? Convaleciente ya. En cambio yo, gravísimo.

JACINTO

¿Gravísimo, eh?

EDUARDO

Gravísimo. Pronto la verás en el teatro y me

dirás si no hay para enfermar de muerte. Yo le he propuesto ser su médico por unos días.

JACINTO

¿Tú?

EDUARDO

Yo. Y he de serlo. Y la he de curar. Oyendo las tribulaciones de esa hermosa mujer, de quien ya estoy desatinadamente enamorado, pensé que los médicos de las mujeres, antes que médicos tienen que ser poetas. ¡Ay de aquel que no sepa curar las almas! ¡Desilusión, desamor, desencanto! ¡Sólo con ilusión y con amor podréis curaros siempre!

Porque el tormento mayor
que hay para toda mujer,
es la muerte de ese amor
que se muere sin nacer.

FIN